

LA COYUNTURA
NACIONAL E INTERNACIONAL
Y LA RESPUESTA POPULAR

Durante los días 23 y 24 de noviembre de 2001 el Banco Credicoop Cooperativo Ltda., con la asistencia de IDELCOOP, desarrolló en Buenos Aires el *Tercer Encuentro de Responsables Zonales de Educación Cooperativa (RECs)*. Fueron dos jornadas de intenso trabajo y de intercambio de experiencias de los dirigentes cooperativistas presentes acerca de la problemática nacional e internacional actual, como así también de planificación del proyecto de educación cooperativa para el año 2002.

A continuación, y considerando que puede ser de interés para nuestros lectores, presentamos los tres artículos que conformaron el Panel desarrollado el día 23 de noviembre, el cual estuvo a cargo de *Pedro Brieger, Mabel Thwaites Rey y Edgardo A. Form*, en versión corregida por sus autores.

Los Movimientos de Resistencia a la globalización neoliberal y la situación internacional. Hacia el Foro Social Mundial.

Pedro Brieger ()*

En primer lugar, es un gusto estar en un ámbito donde la idea es tratar de pensar un poco qué es lo que está sucediendo; especialmente en lo que respecta a la cuestión internacional, ya que hoy es bastante difícil entender qué es lo que está sucediendo después del 11 de septiembre. Sin lugar a dudas, los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono en Washington provocaron un verdadero terremoto en la agenda política internacional, obviamente, por haber sido atacada la primera potencia mundial; por la magnitud de los atentados; por la secuela de muertos; por la compulsión de modificar la agenda política

(*) Sociólogo. Docente universitario. Periodista. Autor de varios libros sobre política internacional.

en la política exterior que tenía planificada el presidente de los Estados Unidos, George Bush; por las secuelas económicas, culturales y sociales que esto dejará en la sociedad estadounidense; por las desconocidas implicancias que tendrán los bombardeos sobre Afganistán y por lo que despertará en el resto del mundo. Incluso ya ha comenzado un debate sobre la finalización y comienzo del siglo XXI, aquello que Eric Hobsbawm señalaba sobre el siglo XX como siglo corto, que terminaba en 1989. Ya hay algunos autores estadounidenses que dicen que en realidad el siglo XX se extiende hasta el 11 de septiembre de 2001 y que el siglo XXI comenzaría ese día. Más allá de ese debate teórico, está claro que hay un antes y un después del 11 de septiembre y que este proceso de globalización, en el cual nosotros vivimos, seguramente tendrá que incorporar múltiples factores difíciles de determinar en este momento. Creo que esta nueva guerra, sin entrar ahora en detalle sobre la calificación del conflicto -esto es, si es o no una guerra-, o tratar de desentrañar exactamente qué significa esta nueva guerra, no nos tiene que obstruir un debate sobre lo que en la última década ha generado esta globalización, y a lo que hay que ponerle nombre y apellido. Es una globalización neoliberal que incluye hoy nada más que al 15% de la población mundial, mientras que, por ejemplo, algunas estadísticas sostienen que cerca del 60% de la población mundial, nunca ha realizado una llamada telefónica, ni que hablar de conectarse a internet. Creo que tenemos que tratar de entender, en primer lugar, que, si bien los atentados en Nueva York y en Washington no son una respuesta directa, exacta, al proceso de globalización, hay una manera en que están relacionados y para poder entender cuál es esa manera, hay que comprender el contexto global enmarcado en cuatro hechos que, a mi juicio, son fundamentales para poder entender lo que ha comenzado con los atentados del 11 de Septiembre.

En primer lugar, la caída del Muro de Berlín, en 1989, como representación simbólica. No es casual que Hobsbawm afirme que el siglo XX termina el 9 de Noviembre de 1989. La caída del Muro fue el inicio de la desintegración de la Unión Soviética, un cambio fundamental para el siglo XX.

En segundo lugar, aquel famoso y polémico artículo de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, en el que planteaba que los conflictos sociales habían terminado. Fukuyama tiene esta visión simplista y maniquea que existe en Estados Unidos y que considera que el origen de los conflictos sociales siempre está en los instigadores que los provocan. Antes era la Unión Soviética, China, Cuba, como si no hubiera motivaciones reales dentro de las sociedades que provocan los estallidos sociales. Fukuyama decía que el comunismo

había desaparecido y que el capitalismo liberal y la democracia liberal habían triunfado. Por lo tanto, no había alternativas a este modelo económico-social.

En tercer lugar, la Guerra del Golfo de 1991 y el comienzo de lo que el presidente de Estados Unidos, George Bush (p) calificara como el “Nuevo Orden Internacional” que no era más que la necesidad de Estados Unidos de presentarse como la única potencia hegemónica en lo político, en lo económico, en lo militar.

En cuarto lugar, el artículo de Samuel Huntington “¿Hacia un choque de civilizaciones?” publicado por la revista estadounidense *Foreign Affairs* en 1993. En el artículo le da una vuelta de tuerca al planteo de Fukuyama sosteniendo que, dado que la Unión Soviética no existía más, los conflictos sociales no iban a existir en el futuro y que los futuros conflictos iban a tomar la forma de un choque de civilizaciones, entre Occidente y lo que el denominaba “el resto”. Aunque Huntington no lo diga expresamente, Occidente representa a los países capitalistas desarrollados de origen anglosajón, sin incluir obviamente a Japón y mucho menos a Latinoamérica, ya que la considera una “civilización” totalmente diferente. Claro está que esto implica una burda simplificación analítica porque no puede incluirse en una misma civilización –siguiendo los parámetros de Huntington– a un chileno de la isla de Chiloé, a un porteño de clase media en Buenos Aires, a un negro de Bahía en el norte de Brasil o un indio misquito de la costa Atlántica de Nicaragua. Probablemente estas cuatro personas no tengan ni siquiera un mismo idioma para poder comunicarse y muy pocos puntos de referencia en común.

La globalización de fines del siglo XX no puede ser analizada en abstracto porque es una globalización que tiene nombre y apellido: “Globalización Neoliberal”. No voy a repetir acá sus postulados pero vale la pena recordar que no significa sólo los avances tecnológicos desprovistos de contenido ideológico. Esta globalización, a diferencia de otras, está impregnada del bagaje ideológico liberal que santifica la supremacía de los mercados. Algunos de sus postulados, diseminados cual dogma religioso incuestionable son la eliminación de todas las barreras al comercio, de los subsidios y de las regulaciones para todos los productos; que todo lo público es “ineficiente” y el Estado intrínsecamente perverso; que la única manera para que las empresas de servicios funcionen es privatizándolas; la necesidad de achicar el Estado y bajar el gasto público; la flexibilización y “modernización” de los mercados laborales; la reducción de los gastos sociales.

Me gustaría puntualizar dos hechos. Primero, la globalización del capital, su expansión a los países ex comunistas y la conquista neoliberal de las econo-

mías del tercer mundo que solían ser proteccionistas. Y, en segundo lugar, un elemento no menos importante, en general dejado en un lugar secundario: lo que representa la McDonalización de la esfera cultural, económica y social, representada por símbolos tales como el blue jean, la hamburguesa, la Coca Cola, MTV, la CNN. Y es indudable que Estados Unidos como primera potencia mundial, genera sentimientos encontrados y ambivalentes. Por un lado, es una sociedad muy admirada; pero por el otro es muy odiada. Es admirada por el famoso “american way of life”, el modo de vida americano, por la construcción de un sistema democrático (aunque habría que decir que también existe un mito sobre la construcción de su sistema democrático), la libertad de prensa y expresión y un conjunto de valores que, sin lugar a dudas, seducen a una porción importante de la humanidad. Sin embargo, y aunque a los occidentales y, en primer lugar, a los norteamericanos les cueste creerlo o entenderlo, este modelo no seduce a la mayoría de la población mundial y, obviamente, no seduce a la mayoría de los pueblos poseedores de tradiciones milenarias que, en realidad, son la mayoría sobre la Tierra.

Después del 11 de Septiembre, Thomas Friedman, que es uno de los columnistas “estrella” del New York Times, señalaba que había que entender que los atentados contra las Torres Gemelas no eran solamente contra la política de Estados Unidos, sino que representaban el odio hacia la existencia misma de Estados Unidos. Según su punto de vista no existe un enfrentamiento político, que tiene por causa la política exterior de Washington, sino que hay algo mucho más profundo y que en realidad es un enfrentamiento entre civilizaciones, entre una moderna y progresista, la norteamericana, y una visión del mundo medieval y bárbara, que en este caso estaría representada por el Islam porque la responsabilidad desde un primer momento se le atribuyó a Bin Laden, a su red Al Qaeda, y a todos aquellos que de alguna manera están encubriendo las actividades de Bin Laden en Afganistán. Ahora bien, si uno se pone a analizar el planteo de “civilización y barbarie”, se encuentra con que dos de las barbaries más importantes del siglo XX (lamentablemente el siglo XX tuvo muchas barbaries) las realizaron las civilizaciones más desarrolladas. La primera, el genocidio nazi, estuvo realizada por una maquinaria industrial que planificó hasta el mínimo detalle las cámaras de gas, los campos de concentración, la grabación de un número en los brazos a la gente y la masacre de todo un pueblo. Esto no fue realizado por un pueblo bárbaro y atrasado; fue realizado por el país que en la década del treinta sin lugar a dudas era el más desarrollado del planeta. La segunda de ellas fue Hiroshima y Nagasaki. Las bombas que se arrojaron sobre civiles en Japón y que mataron a cerca de 240

mil personas, tampoco fueron obra de alguna civilización bárbara o atrasada. Las bombas fueron arrojadas por el país que ya emergía como la primera potencia mundial en 1945, Estados Unidos. Claro que, mediáticamente, se señala al Islam, no solamente como el nuevo enemigo de Occidente después de la desaparición de la Unión Soviética, sino como una religión atrasada, de fanáticos y bárbara. Y en Occidente hay un consenso negativo sobre el Islam que lo convierte en una especie de chivo expiatorio para todo aquello que no nos gusta, porque de alguna manera hoy cuestiona al modelo político, social, económico que representa el capitalismo en su fase actual.

En 1985 el palestino Edward Said, profesor de la Universidad de Colombia, escribía que “para la derecha el Islam representa barbarismo; para la izquierda, una teocracia medieval; para el centro, una especie de exotismo desagradable”. A pesar de que se sabe muy poco sobre el mundo islámico, existe un acuerdo de que allí no hay demasiado que se pueda aprobar. Obviamente, las imágenes que nosotros vemos de Afganistán asociadas con la destrucción de las Torres Gemelas, no hacen más que acrecentar la antinomia simplista y maniquea del bien frente al mal, la civilización frente a la barbarie y la sensación que de “eso” no hay nada para aprender.

El economista estadounidense Jeremy Rifkin publicó un artículo muy interesante el sábado 17 de noviembre en el diario El País de España. Rifkin reconoce que del Islam no sabía absolutamente nada y que todo lo que ha sucedido lo lleva a tratar de ver de qué se trata. Entonces dice algo que parece muy inocente y desde el sentido común: “Si cerca de una quinta parte de la humanidad, esto es 1400 millones de personas, adhieren al Islam, algo tiene que tener; no puede ser solamente bárbaro, fanático, atrasado y nocivo”. Me parece una reflexión muy interesante.

De todas maneras, más allá de las afirmaciones simplistas de que Bin Laden fue el responsable de los atentados es probable, muy posible, que los atentados hayan surgido del Medio Oriente, del mundo árabe, del mundo Islámico, aunque hasta ahora, concretamente no sabemos absolutamente nada sobre la identidad de los autores. Me parece interesante que más allá de las declamaciones de que estamos frente a un puñado de locos, el 27 de septiembre, a 16 días de los atentados, un editorial de New York Times reconocía que Estados Unidos tiene una larga y calamitosa historia de tumbar gobiernos que no son amigos suyos. Las repercusiones negativas de los golpes de estado de Guatemala e Irán –decía ese editorial- en época de la guerra fría, todavía per-

siguen a Washington hasta el día de hoy. En ese editorial del New York Times podemos ver que se intenta buscar los motivos que llevaron a un grupo de personas a estrellarse contra las Torres y plantea que no solamente los atacan por su modo de vida, refutando de hecho lo sostenido por Thomas Friedman. En realidad, ese editorial afirma que las causas hay que buscarlas en la política exterior de Estados Unidos.

Doce años antes del martes 11 el ex presidente Jimmy Carter, después de realizar un viaje por Medio Oriente, decía que “sólo hace falta ir al Líbano, Siria o Jordania, para ver el inmenso odio de la gente hacia Estados Unidos; porque nosotros hemos bombardeado sin piedad y matado a gente inocente, mujeres y niños, campesinos y sus esposas. Como resultado de ello, para esa gente que está profundamente resentida, nos hemos convertido en una especie de diablo. Eso llevó a que tomaran rehenes y precipitó algunos ataques terroristas”.

Esto lo escribió Jimmy Carter doce años antes de los atentados en el diario *New York Times*. Esto quiere decir que lo que queda al descubierto es que el problema central, especialmente después del 9 de noviembre de 1989, es la extrema hegemonía de un país, Estados Unidos, sobre el resto del planeta.

Nuestro análisis no parte de un antinorteamericanismo simplista, como pueden pensar algunos, hay que discutir el rol de Estados Unidos en el mundo, en primer lugar, porque fue el país afectado. Los atentados no se realizaron en Uruguay, Sudáfrica o Malasia; por lo tanto, tenemos que tratar de entender, y el rol del intelectual siempre es tratar de entender -lo que de ninguna manera implica justificar-, por qué fueron en Estados Unidos. En segundo lugar, es necesario tratar de entender cuál es la relación de Estados Unidos con el resto del mundo. Estados Unidos no tiene cosas buenas y cosas malas como cualquier otro país, como Uruguay por ejemplo, tal cual dijo Andrés Openheimer, el periodista del *Miami Herald*, en una entrevista por televisión. Estados Unidos no es Uruguay. Por si falta aclararlo, Uruguay no invadió países en América Latina, ni interviene en las elecciones internas de ningún país, como nuevamente hizo Estados Unidos en Nicaragua este año. Estados Unidos es la primera potencia mundial, que se niega a ratificar el Tratado de Kyoto aunque emite el 25% de los gases que producen el efecto invernadero. Es Estados Unidos quien se retira de la conferencia contra la discriminación y el racismo en Sudáfrica o impide la producción de medicamentos genéricos para combatir el SIDA en la India o en Brasil por defender sus laboratorios, o no apoya la creación de un Tribunal Penal Internacional que juzgue crímenes de guerra para

que no se pueda obligar a ciudadanos estadounidenses, como Kissinger, a comparecer ante ese tribunal. Es Estados Unidos quien no firma la convención para los derechos del niño junto a Somalia (i), o realiza una campaña internacional en contra de las organizaciones que luchan contra las minas antipersonales y por su prohibición porque provocan principalmente las heridas a mujeres, chicos, campesinos y civiles. Estos no son detalles insignificantes, son parte de los temas que hay que discutir; más aún si tomamos en cuenta que Estados Unidos, de manera unilateral, se arroga el derecho moral de intervenir en cualquier lugar del planeta si lo considera necesario. Estados Unidos tomó la decisión de atacar Afganistán por fuera de las Naciones Unidas, sin debatirlo en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Apeló al artículo 51 del capítulo 7 de las Naciones Unidas, que le otorga a un Estado el derecho a repeler un ataque que se está llevando a cabo o es inminente, como una medida temporal hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU pueda tomar las medidas necesarias para la paz y la seguridad internacionales (y) el derecho a la autodefensa unilateral no incluye el derecho a las represalias una vez que el ataque ha parado. El derecho de autodefensa en derecho internacional es como el derecho de autodefensa en nuestro propio derecho: permite que uno se defienda cuando la ley no está alrededor, pero no permite tomar justicia por mano propia, y menos tres semanas después.

Hay algo equivalente con lo que ha hecho Estados Unidos. Estados Unidos tenía que responder, no cabe la menor duda. La principal potencia mundial había sido atacada y, en principio, consideraban que era un factor externo. La dificultad era que no sabían contra quién responder y, en segundo lugar, atacaron tres semanas después. Yo creo que esta nueva crisis internacional, difícil de definir especialmente porque está sucediendo todavía, tiene que ser analizada tomando dos fases diferenciadas: la primera, que va desde el 11 de septiembre hasta el 7 de octubre, y la segunda, que comienza el 7 de octubre y que todavía no podemos decir si se ha cerrado el 13 de noviembre que es cuando los talibanes abandonan Kabul. En la primera fase -entre el 11 de septiembre y el 7 de octubre- Estados Unidos se presentó como víctima porque sufrió un ataque y necesitó construir un consenso internacional para golpear allí donde lo consideró necesario, en este caso, Afganistán. La segunda fase, una vez construido este consenso entre el 11 de septiembre y el 7 de octubre, comenzó el 7 de octubre cuando Estados Unidos empezó a bombardear Afganistán. El problema que tiene Estados Unidos es que esta segunda fase comenzó a independizarse de la primera después del 7 de octubre y adquirió dinámica propia. Incluso la CNN cambió sus títulos y tuvo que referirse a “la guerra

en Afganistán” después de titular desde el martes 11 “Estados Unidos bajo ataque”. Uno de los directivos de la CNN, Walter Isaacson, le dio órdenes a los periodistas de no mostrar demasiadas imágenes de lo que sucedía en Afganistán sin recordar permanentemente que era una respuesta a lo sucedido el 11 de septiembre y que habían sido víctimas de un bárbaro ataque donde habían muerto cerca de 5 mil civiles inocentes, lo que obviamente es verdad. Pero el objetivo de la CNN –como brazo mediático de Washington- era seguir mostrando que los ataques sobre Afganistán representaban una respuesta a lo sucedido el 11 de septiembre y que, además, había que ligar estos dos temas para evitar que en el inconsciente colectivo internacional la segunda fase quedara despegada de la primera. Un periodista de la cadena Fox preguntó: “Si las bajas civiles son históricamente por definición una parte de la guerra ¿deberían ser tanta noticia como lo han sido?”. La conclusión es sencilla, para grandes sectores de los medios de comunicación en Estados Unidos no había que mostrar la baja de civiles. Todavía es difícil determinar si esta segunda fase se cierra el 13 de noviembre cuando la Alianza del Norte toma Kabul y los talibanes pierden el poder político en Afganistán y si se abre una tercera fase, todavía bastante incierta. Me gustaría señalar algo: el paralelismo de esta guerra con la Guerra del Golfo en 1991. Estados Unidos reprodujo de la Guerra del Golfo la magnificación del poderío del enemigo. Durante la Guerra de Golfo se planteaba que Sadam Hussein tenía el quinto ejército más poderoso del mundo con un millón de soldados experimentados por la guerra con Irán y que tenía mucho armamento. Finalmente, el ejército iraquí se desmoronó de la noche a la mañana. En esta crisis también se dijo que el ejército de los talibanes era terriblemente poderoso, que la guerra iba a durar años y que había entre veinte y veinticinco mil soldados de la red de Bin Laden prestos a luchar hasta el final. Pero también en este caso fueron fácilmente derrotados en gran parte de Afganistán. ¿A qué conclusión podemos llegar? Que necesitaron magnificar el poder del enemigo para lograr legitimidad internacional a su ofensiva militar. Es innegable que Sadam Hussein tenía un ejército poderoso para controlar Irak e invadir y tomar Kuwait; esto es, un ejército poderoso a nivel regional, pero no para enfrentar a la primera potencia mundial. De la misma manera, los talibanes tenían un ejército poderoso para poder controlar a la famosa Alianza del Norte, pero no para enfrentarse a la primera potencia mundial, como quedó claramente demostrado. Todavía uno se pregunta dónde están los veinte o veinticinco mil soldados que respondían a Bin Laden. ¿Alguien los vio? Desaparecieron del mapa. Hay dos posibilidades, o los bombardeos fueron tan terribles que mataron a estos miles de combatientes y no lo sabemos todavía, o su existencia fue una ilusión óptica mediática. Otra explicación no hay.

Ahora bien, sin lugar a dudas uno de los temas de fondo tiene que ver con la pregunta si el Islam es el nuevo enemigo de Occidente, como parecen plantearlo los estrategas norteamericanos. No cabe la menor duda de que la inmensa mayoría de los musulmanes y de los árabes tienen la sensación de que nuevamente hay una guerra en contra del Islam. Cuando el presidente de los Estados Unidos, Bush, plantea que va a llevar adelante una guerra en contra del terrorismo queda claro que no va a bombardear La Florida donde están las conocidas redes anticastro armados, entrenados y llevando a cabo acciones terroristas contra Cuba. Tampoco va a bombardear Boston, aunque desde Boston se enviaba dinero para financiar al Ejército Republicano Irlandés (IRA). Lo que sí es muy probable es que Estados Unidos ataque algún otro país árabe o islámico, aunque el diario Liberación, de Francia, citó un diplomático estadounidense diciendo que Estados Unidos ahora debería atacar un país que no fuera árabe, justamente “para que el mundo árabe islámico no creyera que la guerra es en contra de ellos”. Aunque el presidente Bush ahora diga que no hay una lucha contra los musulmanes, en el mundo árabe e islámico están convencidos de que, para la civilización Occidental, hay masacres que pesan como plumas y masacres que pesan como montañas y las masacres en el mundo Árabe e Islámico por lo general pesan como plumas. Entonces, cuando los rusos masacran a los musulmanes en Chechenia, todo el mundo mira para el otro lado; cuando se masacra a doscientos mil musulmanes bosnios, nuevamente se mira para el otro lado; cuando siguen las sanciones y el bloqueo en contra de Irak, todo el mundo mira para el otro lado; cuando Israel sigue ocupando tierras de los palestinos, todo el mundo mira para el otro lado. Obviamente, nos referimos a la mirada que existe en los países occidentales, que son los que tienen mayor peso en el escenario internacional.

Estados Unidos siempre visualiza una confrontación internacional porque considera que su liderazgo va a ser cuestionado. Esto no es una mera interpretación intelectual, los famosos “Think Tank”, las fundaciones y organismos académicos vinculados al Departamento de Estado han escrito sobre esto y siguen escribiendo gran cantidad de libros al respecto, pensando cuál es el nuevo enemigo.

Desaparecida la Unión Soviética, la estrategia norteamericana global se estructuró sobre la base de cuatro actores capaces de cuestionar el modelo de globalización actual: China, el Islam, los movimientos de resistencia global y por último el terrorismo global, personificado ahora en Bin Laden. Más allá del debate en torno del crecimiento económico de China, a diferencia del Islam y los movimientos de resistencia global, China no tiene pretensiones de competir con Estados Unidos respecto de un modo de vida. Esto es, no se

presenta como alternativa a escala planetaria, y está dispuesta a “coexistir” con el “*american way of life*” que sí es cuestionado por los movimientos islámicos y los movimientos de resistencia global.

Paradójicamente, si bien el Islam ocupó el centro de la atención intelectual y política en Estados Unidos en el primer lustro de los noventa, los movimientos islámicos están en franco retroceso. Lo novedoso, es que su fragmentación es lo que posibilitó la aparición de un fenómeno como el de Bin Laden, que no tiene el apoyo de movimientos sociales revolucionarios sino que más bien parece representar puntualmente los intereses de un sector de la burguesía saudí y -desde su aparición mediática- la desesperación de aquellos excluidos de la modernidad que pueden identificarse con alguien por el mero hecho de golpear a Estados Unidos.

A diferencia de Bin Laden, que aparece con proclamas políticas bastante confusas y difusas, los movimientos de resistencia global –como el Islam- plantean una concepción alternativa de vida en todos los ámbitos. El desarrollo de estos movimientos, de los cuales ATTAC forma parte, con grandes movilizaciones en Seattle, Washington, Praga y Génova, y las simpatías que concitan –aun con su diversidad- no hace más que ratificar el cuestionamiento de un modelo que a principios de los noventa aparecía incuestionable. Lo que los hace más peligrosos ante los estrategas de Washington es que el cuestionamiento del modelo neoliberal –en la segunda parte de los noventa- no nace desde la lejana y pobre periferia sino que articula la protesta entre las reivindicaciones en los países centrales y los países periféricos. Si el ex presidente de México Ernesto Zedillo trató de desprestigiarlos al endilgarles el mote de “globalifóbicos” en esta nueva coyuntura internacional la apuesta es mayor, relacionarlos con el terrorismo y Bin Laden.

Es en este contexto que deben analizarse los atentados de Nueva York y Washington. El 24 de septiembre Robert Zoellick, el vocero de Comercio de los Estados Unidos estableció el nexo entre los atentados y la globalización al señalar que los terroristas tenían conexiones intelectuales con quienes se oponen a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y han desatado la violencia contra las finanzas, la globalización y los Estados Unidos.

Queda claro que la intención de relacionar a los responsables de los atentados del martes 11 con los movimientos de resistencia global tiene como objetivo el diseño de un Nuevo Orden Internacional económico y político con

hegemonía estadounidense y que no admita cuestionamientos. Por lo tanto, consideramos que es maniquea la visión del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal” como lo ha presentado el presidente Bush desde el martes 11, de la misma manera que atrapando o matando a Bin Laden no se resuelve el problema del terrorismo. La idea de que la eliminación de Osama Bin Laden y su red podrá eliminar la amenaza terrorista, seguramente se probará tan equivocada como la esperanza de que la eliminación de Pablo Escobar, reduciría el tráfico de drogas, asegura Moisés Naim, el editor de la prestigiosa revista Foreign Policy. Pensar en los términos de la eliminación de una persona, que ni siquiera tiene una base social, representa una simplificación de la realidad y una lectura unidireccional que no intenta ver el porqué del surgimiento de movimientos políticos que utilizan la lucha armada como arma política.

A principios del siglo XXI hay problemas mucho más profundos que Estados Unidos no quiere ver. La globalización viene acompañada de una profundización de las desigualdades sociales y esto engendra a su vez respuestas distorsionadas como las que vimos el 11 de septiembre. Los atentados del 11 de septiembre no son una respuesta directa a la globalización pero están ligados a los problemas de fondo que sí tienen que ver con la globalización neoliberal de los noventa. Lo que hay que hacer es cambiar el eje del debate porque el problema no es Bin Laden y el terrorismo, sino las causas que lo engendran.

El diálogo indispensable entre Movimiento Social y Representación Política.

Mabel Thwaites Rey ()*

Después de la exposición de Pedro, que puso muy bien en contexto la situación internacional, me parece interesante que abordemos algunas de las cuestiones que tienen que ver con estas sufridas latitudes del sur del planeta. Para ello, me voy a referir al título de la exposición que me propusieron: “Movimiento

(*) Abogada. Profesora universitaria. Periodista. Desde 1995 es editorialista del diario Clarín. Autora del libro *“Alas rotas. La política de privatización y quiebra de Aerolíneas Argentinas”*. Como especialista en la problemática teórica del Estado, reforma estatal, privatizaciones y regulación de servicios públicos, ha publicado numerosos artículos en libros y revistas del país y del exterior.

Social y Representación Política”, que es, además, el título de la convocatoria al Encuentro por un Nuevo Pensamiento. Y esto porque me gustaría puntualizar algunas de las cosas que, en realidad, todos conocemos porque están en nuestras prácticas cotidianas; pero sobre las que no nos viene mal reflexionar un poco más detenidamente. Creo que el problema de la política, de la construcción de política, es uno de los ejes más importantes que tenemos hoy para debatir y para actuar. Es necesario pensar cuál es la forma de articulación política más conveniente para enfrentar esta globalización neoliberal en la que estamos inmersos.

En primer lugar, quisiera hacer alguna pequeña precisión teórica en torno a la diferencia entre los conceptos de Movimiento Social y de Representación Política que aparecen en la propuesta de debate como dos cosas distintas. Ciertamente, cuando uno se refiere a los movimientos sociales, está poniendo la mirada sobre las acciones que tienen que ver con la sociedad civil y que apuntan a reivindicaciones sectoriales más o menos específicas. Conocemos una gran variedad de movimientos sociales y bajo esta denominación englobamos tanto a aquellos que tienen que ver con la defensa de los derechos humanos, del medio ambiente y la ecología, de las minorías sexuales, de los derechos de la mujer, de los niños, como los movimientos sindicales, etc. Es decir, son movimientos relacionados con reivindicaciones específicas. Por el contrario, lo que se entiende tradicionalmente como “representación política” es aquello que apunta principalmente a la organización del Estado, a la actividad, la lucha referida al poder del Estado. Y quiero introducir esto porque uno no puede hablar de movimientos sociales, ni representación política, sin hablar o hacer referencia al Estado, a lo que pasa en el Estado argentino actualmente y lo que significó la transformación neoliberal en la Argentina durante los años noventa, cuyas consecuencias estamos viviendo hoy.

¿Por qué decimos que la idea de los movimientos sociales como alternativas a la representación política tradicional de los partidos es uno de los ejes interesantes a pensar? Porque los movimientos sociales, por definición, al estar apuntando a reivindicaciones específicas, tienen en general un ámbito de desarrollo más acotado, comparados con la globalidad que supone la representación política. Pero, por el otro lado, tienen un horizonte más amplio que los partidos, porque las definiciones partidarias están sesgadas por valorizaciones político-ideológicas específicas. A diferencia de lo que se entiende como movimiento social, “lo político”, en el sentido de la lucha partidaria, tiene una connotación más restringida, ya que es la expresión de una visión del mundo particularizada y diferenciada. A la vez, sin embargo, tiene un alcance más

amplio, en la medida en que el partido se dirige, interpela, al conjunto de la sociedad, frente a la cual pone en debate y en acción su propia visión del mundo. Los partidos políticos, por lo general, presentan ante los ciudadanos alguna forma ideal de organización económica, política y social que aparece como trascendente respecto a un determinado grupo o interés, porque el modelo que plantea es de organización para el conjunto de la sociedad. Esto no quiere decir que los partidos no expresan intereses de clase o sectoriales. Lo que sucede es que ningún partido que intente actuar en la vida política de un país se va a presentar a sí mismo como representando sola, pura y exclusivamente los intereses de un sector social y en desmedro manifiesto de los otros. Todos argumentan que su forma de organizar la sociedad -que obviamente supone un beneficio para los partidarios- es la mejor forma para el conjunto. Esta definición me parece central, porque detrás de esta discusión sobre la crisis de representación política y la emergencia de siempre nuevos movimientos sociales que intentan dar cuenta de los problemas que atraviesa la sociedad, está planteada cuál es la mejor forma de resolver la cuestión de la representación.

Como primera definición general, me parece interesante subrayar que los movimientos sociales, aun desarrollándose en el seno de la sociedad civil, aun no postulándose como representantes del conjunto de la sociedad, también son movimientos “políticos”, en la medida en que su punto de referencia es el Estado, al que le formulan demandas y reclaman acciones. Históricamente, se han planteado, además, los límites del movimiento social. Veamos, por caso, los sindicatos. Estarían dentro de los movimientos sociales, porque no expresan la política partidaria de manera directa. Su forma de acción colectiva tiene un límite: justamente el de expresar un interés sectorial. La práctica político-partidaria, en cambio, supone una forma de articulación colectiva y de trascendencia de lo sectorial hacia lo global. Esta sería la primera diferencia. La cuestión es si ante la crisis de la representación política tradicional, los movimientos sociales podrían constituirse, no ya en expresiones de estas demandas sectoriales, sino como representantes políticos del conjunto y como formas de canalizar las acciones políticas colectivas.

Quisiera ir un poco más para atrás para analizar el sentido de la pérdida de significado de la política en la Argentina contemporánea, que tiene que ver con toda una transformación de las prácticas políticas democráticas a partir de 1983. Esto nos lleva a mirar con más detenimiento los motivos de la desilusión respecto al incumplimiento de las promesas formuladas bajo la democracia, en el sentido de solucionar las demandas de la mayoría de la sociedad.

Basta con mirar las cifras escalofriantes de pobreza, desocupación y distribución regresiva del ingreso en la Argentina para entender la insatisfacción profunda de la sociedad con la acción política. A primera vista, uno se preguntaría por qué si estos fenómenos tienen que ver con las formas de producción y de distribución de la riqueza –el plano “económico” que define el orden social-, el disgusto es con “los políticos”, con “la política”. Y aquí hay un dato interesante para señalar: más allá de toda pretensión de separar economía y política como dos segmentos antagónicos y diferentes de la realidad, ambas son partes constitutivas de una misma realidad social. No podemos hablar de política y de economía; podemos sesgar el análisis metodológicamente, pero esto no quiere decir que la economía no exprese profundas relaciones de poder.

Ahora bien, preguntarse, como se preguntan muchos hoy en nuestro país, si los problemas económicos afectan la política o la política es la que interfiere en el buen desarrollo de la economía, no es más que obviar una realidad irrefutable. Fue producto de una decisión política el hecho de que se consolidara la construcción y concentración de poder económico y social en la Argentina en los últimos 25 años. El “voto bronca” de octubre pasado y todo el análisis de lo que significa el distanciamiento con la política y los partidos tiene que ver, como decía al principio, con este distanciamiento respecto a las posibilidades de la representación política para reflejar las demandas de la sociedad, los reclamos –más o menos articulados o difusos- y el descontento por la forma actual de distribución de la riqueza en el país.

La expresión del descontento por lo que se percibe como una limitación del sistema democrático recuperado en la Argentina para procesar las demandas de justicia que le plantea la sociedad y, por el contrario, su productividad para profundizar estas injusticias, tiene un sentido paradójico muy importante. Porque resulta como una forma de “descorrimiento del velo” que la igualdad formal democrática le pone a la desigualdad flagrante en la vida material, que resulta altamente provechosa para entender cuál es la restricción consustancial que tienen las democracias capitalistas contemporáneas. En 1969, Ralph Miliban, un marxista inglés, decía en un libro titulado *El Estado en la Sociedad Capitalista*: “En abstracto, los gobiernos tienen a su disposición recursos y poderes vastos para esgrimir el garrote contra el mundo de los negocios. En la práctica, los gobiernos no se han propuesto utilizar estos poderes y recursos y la mayoría de los mismos no lo quieren hacer. Pero no tardan en descubrir, dado el contexto en el que operan, que la tarea tropieza con innumerables dificultades y peligros. Estas dificultades y peligros se resumen idealmente en

la temible frase de ‘pérdida de confianza’. Es un testimonio explícito del poder del mundo de los negocios el que todos los gobiernos, sin exceptuar a los reformistas, hayan estado siempre profundamente interesados en obtener y conservar su confianza. Y, por cierto, no hay ningún otro interés cuya confianza se considere más valiosa o cuya pérdida de confianza se tema más”.

Y eso que Ralph Miliban estaba analizando la época de oro del capitalismo occidental, que era la del keynesianismo en el Estado benefactor. Esta limitación, por cierto, es consustantiva de las democracias en el capitalismo. Sin embargo, tendríamos que analizar un poquito más específicamente lo que sucedió en la Argentina respecto a las prácticas políticas. Para nosotros, para los que en algún momento participamos en la actividad política en los años ´70 y compartimos la ilusión en “la política” como vehículo esencial, central, único, para la transformación del mundo, fue muy duro advertir lo que significó recuperar la democracia para que por esta vía se produjera esta enorme transformación tan regresiva en la sociedad argentina.

Es interesante ver cómo se dieron los cambios en la manera de hacer y construir política en estos años y los cambios en el perfil de los políticos y las prácticas de los partidos mayoritarios en la Argentina. Lo que ha pasado, y muy notablemente en los años ´90, es el desarrollo de todo un conjunto de tecnócratas que dirigieron las políticas, creando una suerte de entramado de consultoras, “tanques de pensamiento”, y profesionales –muchos formados en universidades extranjeras-, que en el seno de la sociedad argentina fueron generando toda una cosmovisión favorable a los intereses mundialmente dominantes. Este conjunto de “intelectuales orgánicos” fue vehiculizando las tendencias hegemónicas, mucho más allá de las imposiciones específicas de los acreedores, el Departamento de Estado norteamericano o el propio Fondo Monetario Internacional. Todo el crecimiento de esta camada tecnocrática, este conjunto de intelectuales expertos, intelectuales orgánicos de la lógica de acumulación del capital mundial, que ha ocupado los puestos fundamentales de conducción del Estado en los últimos 15 años en la Argentina, tiene un papel central. No sólo en la conducción efectiva del Estado y en la aplicación de medidas concretas, sino también en la construcción de un orden cultural, de un imaginario sobre lo que debe ser la política, sobre lo que se espera de la política y, de ahí, sobre los límites que tiene la política. Este círculo de expertos, a la par que contribuye a configurar sus propios intereses, incide sobre las políticas estatales con el fin de disciplinar a los agentes económicos y al propio Estado de acuerdo con patrones de análisis de evaluación derivados de los

modelos y teorías económicas hegemónicas. Además, hay un dato central: la mayoría de estos expertos tiende más a satisfacer los parámetros de calificación de esos círculos internacionales, que lo que significaría la validación popular respecto de sus propias prácticas. Hay muchísimos ejemplos de personajes que están mirando mucho más cómo van a ser calificados luego de su salida del gobierno, para luego entrar a trabajar en algún organismo financiero internacional, en algún banco internacional, que en las necesidades del país. Entonces, esta categoría de expertos es un dato muy particular porque, si bien siempre ha existido un conjunto de profesiones internacionales especializadas, la década de los '90 ha sido particularmente pródiga en la formación de este tipo de tecnocracia, lo que no es un dato menor a la hora de pensar en la construcción política. Y no es menor porque, justamente, a las alternativas del campo popular suelen exigírseles esas mismas credenciales que pasan por el tamiz de la perspectiva hegemónica, que dicen si son buenas o malas, y se descalifican en función de si se adaptan o no al paradigma hegemónico.

Todos vemos a diario, en los medios de comunicación, la apelación al experto, al economista, al “que sabe”, quien se ha convertido en la figura rutilante. La idea de la pertenencia al paradigma económico neoliberal garantiza, entonces, la posibilidad de opinión fundada respecto a qué es lo que se debe o no hacer y la imposibilidad de articular alternativas que suponen ciertamente algo central: la modificación de relaciones de fuerza políticas, económicas y sociales que aseguran la continuidad del sistema vigente. Vuelvo entonces a la relación entre economía y política: la mayoría de las recetas económicas en boga dan por suelta la inmovilidad, no económica, no de fatalismo de naturalización económica, sino política, de las relaciones de fuerza sociales vigente.

Junto con este núcleo de intelectuales expertos, se ha dado dentro de los partidos políticos tradicionales una transformación muy fuerte, también en las últimas dos décadas, de lo que podríamos llamar “los políticos gerentes”. Aparece la idea del político como instrumentador, como una suerte de mediador entre los intereses dominantes y la mayoría de los votantes. Su rol se confina a ganar mediáticamente a los votantes, desarrollando buenas credenciales de inserción en los medios y contactos. Se trata de convencer, con slogans simples y muy fáciles de entender, al pueblo, al electorado, de la necesidad de aplicar determinadas políticas que sirven al poder concentrado. Entonces, aparece dentro de la lógica del político tradicional una categoría cada vez más extendida de estos “políticos gerentes”, que se complementan muy bien con esta otra categoría de “expertos tecnocráticos”.

Sin embargo, estas dos categorías se mezclan con otra categoría arraigada en América Latina, ya muy afirmada, que es la del político tradicional, del puntero clásico, que también se aferra a la estructura estatal a partir de las lógicas de acumulación clientelar que tienen mucha historia en los partidos políticos tradicionales en la Argentina. Estas tendencias históricas, signadas por el personalismo y el clientelismo partidista, se han afirmado durante los años '90 y, en los últimos años, han dado un paso todavía más adelante. Con la profundización de la crisis económica y social, los partidos tradicionales se refugiaron aún más en la práctica clientelar, en el bien conocido reparto de cargos públicos como medio de vida. Esto ha hecho que, mientras se iba perdiendo la mística sobre la posibilidad de transformación de la realidad –algo asignado históricamente a la política-, creció exponencialmente la ocupación de cargos por parientes y amigos y la militancia se degradó a puente de lanzamiento para la ocupación de un espacio –un cargo en el estado-, ya ni siquiera para acumular poder, sino para apropiarse de una mera renta. La política ha mutado irremediabilmente de la lucha por un bien colectivo –cualesquiera que éste fuera- a la ocupación de un puesto de trabajo para sí, para los familiares, o para los amigos. La lógica de la acumulación de poder en el Estado para definir un proyecto político de partido ha transmutado así en la lógica de sectas que buscan diferenciarse unas de otras simplemente por la capacidad de acumulación cuasi personal de estos puestos en el Estado.

Esto está en la base de la degradación de la política en Argentina, de la disconformidad y el descontento de la ciudadanía con los representantes políticos. Pero lo más peligroso es que esta visión real, este “corrimiento del velo”, viene a demostrar lo que ha significado la política tradicional para la Argentina. En los últimos tiempos, lo que primó en forma casi absoluta ha sido la lectura del achicamiento de la política que hace la derecha más rancia y a la que se suman con gusto ciertos políticos tradicionales con afanes gatopardistas. Los círculos de poder más concentrado proponen el achicamiento de la política: gran parte de los proyectos en danza plantean una serie de propuestas, entre las cuales están, para ajustar los costos de la política y la disminución de los cargos representativos, el achicamiento del número de representantes. Estos temas son de muy profunda complejidad, porque es usual escuchar un razonamiento de este tipo: si la política se ha transformado nada más que en el vehículo para obtener puestos de trabajo y con la política no se puede transformar nada, por lo menos que no cueste tanto. Lo mismo se dijo de las empresas del Estado cuando se las privatizó. Hoy, el achicamiento de la política, como está propuesto, supondría el acotamiento aún mayor de la posibilidad de representación de

los movimientos alternativos, de los partidos minoritarios, de los partidos que pretenden ganar un espacio de representación. De la manera como se la plantea, significaría menos representación y más concentración de poder en los mismos sectores políticos tradicionales y no una recomposición saneada de la política. Pero, por supuesto, en los medios, que forman opinión, se instaló con fuerza esta idea acendrada de demonización de la política.

Y aquí es donde creo que aparece un punto central para nosotros: cómo recuperar el sentido de la política como práctica transformadora en pos de algún ideario colectivo, de alguna idea de “buena sociedad”, de alternativa al sistema existente. Esto no quiere decir que tengamos que abjurar de las prácticas democráticas. La idea es pensar cuáles son los formatos de representación más apropiados, porque hay muchas personas que piensan que el formato electoral está perimido, que no hace falta planteárselo como alternativa y otros que se aferran solamente al electoral. Es necesario plantear la política como forma de movimiento más amplio, que se construye de distintos lugares; porque, si no, se corre el peligro de caer en la ocupación de puestos y cargos para amigos, parientes y allegados, lo que no tiene ninguna relación con la representación democrática ni con la representación de intereses colectivos.

Esto es importante porque tiene mucho que ver con lo que les decía al principio sobre los movimientos sociales: de qué manera las prácticas políticas de los movimientos sociales pueden ir confluyendo en prácticas políticas representativas, orgánicas y articuladas es una de las tareas que tenemos por delante. Porque tenemos que recuperar el sentido de la política y rescatarla de esa vieja idea muy subrayada por el neoliberalismo de *la política como arte de lo posible*, que expresa la política de lo que está, del status quo, del inmovilismo, de no transformar, y trasmutarla en el sentido de la práctica superadora, transformándola en la idea de *la política como el arte de hacer posible*. Y ese hacer posible es, justamente, la recuperación de la práctica militante; es rescatarla de esa lógica nefasta de la política como mera acumulación de poder, de esa idea tecnocrática vigente y de la degradación clientelar de los partidos tradicionales y de muchos no tan tradicionales que llegaron al gobierno para terminar reproduciendo las peores prácticas. En algún momento, nosotros señalamos que la construcción democrática de un movimiento político empieza desde antes de la toma de poder. No se puede esperar al momento de asumir el poder para ser democrático, transparente y participativo. Porque cuando se asume el poder -por más intenciones que se tengan de ser ético y de atacar la corrupción- se hace muy difícil controlarlo de espaldas a la sociedad. Por eso, la participación popular plena tiene que estar desde el inicio mismo de la

construcción del movimiento; tiene que estar en la base de cualquier forma de construcción política alternativa.

Para terminar, debemos ir atando las alternativas que suponen la representación social, que es amplia por definición, con la representación política, para que se vaya construyendo con las herramientas que tenemos. Debemos ir confluendo en movimientos unitarios, en formas de articulación que no desprecien el momento electoral; porque la sociedad, pese a que está desilusionada, no lo desprecia, lo necesita y lo reclama. Además, nos costó demasiado conquistar nuevamente la libertad pública como para rifarla. Pero esto tiene que estar absolutamente ligado a nuevas formas y nuevas prácticas de construcción política por las que tenemos que pelear. Creo que éste es un ámbito absolutamente oportuno, porque el Movimiento Cooperativo tiene una larga tradición y mucho que ofrecer y aportar a la sociedad argentina sobre cómo se construyen las prácticas democráticas y participativas, cómo se hacen reflexiones que, si bien son del Movimiento Social, son profundamente políticas e intentan trascender lo sectorial para confluir en visiones más generales sobre lo que queremos que sea el mundo. No es fácil. De acuerdo a lo que Pedro contó, es un momento que marca diferencias. Creo que seguir adelante en la actividad de los movimientos sociales, confluendo con los movimientos políticos y construyendo nuevas herramientas, no es sólo una expresión de deseos; es una necesidad vital y casi de supervivencia colectiva. Creo que no tenemos otra alternativa que hacerlo.

Aportes del Movimiento Cooperativo al III Encuentro por un Nuevo Pensamiento”.

Edgardo A. Form ()*

Es un gusto para mí reencontrarme con compañeros de todos los rincones de la patria, cooperadores y cooperadoras que hoy se han dado cita aquí, en esta filial tradicional del Banco Credicoop. En principio, habíamos acordado para este encuentro referirnos al aporte del IMFC al próximo Encuentro por un Nuevo Pensamiento, que se va a llevar a cabo el 30 de Noviembre y 1º de Diciembre en la Facultad de Derecho de la UBA.

(*) Gerente General del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos – IMFC.

Nosotros hemos preparado un documento que en pocos días más va a comenzar a circular, que es producto de una reflexión colectiva y para el que hemos tenido en cuenta, por una parte, nuestra elaboración para el Encuentro que se llevó a cabo a fines de noviembre del año pasado y, por la otra, algunos trabajos posteriores del IMFC, en particular la propuesta que acabamos de lanzar, junto con una circular referida a las propuestas del Instituto frente a las emergencias económica, social, política y cultural que vive nuestro país. Este documento está sometido al debate colectivo de nuestro Movimiento, para enriquecerlo, aportar sugerencias y, por supuesto, para apropiárselo como una herramienta formidable que nos puede permitir contribuir a gestar alternativas frente al Pensamiento Unico y frente a quienes dictaminan que no hay otro camino que el que establece el poder real a través de sus políticos gerentes, como dice Mabel Thwaites Rey. Es decir, lo hemos circularizado para someterlo al debate, esperando alguna suerte de devolución de nuestros cooperadores para incluir propuestas, modificaciones, enriquecimientos y, entonces sí, consagrarlo como un material del IMFC que ponemos a disposición, no sólo desde el Movimiento Cooperativo, sino de toda la opinión pública. Sin perjuicio de esta importante contribución al debate en torno de la gestación de un Nuevo Pensamiento en confrontación con el Pensamiento Unico, nos parece que, a muy pocos días de la Consulta Popular, la intervención que nos toca realizar debería estar concentrada en este tema, aún más porque nosotros en el Movimiento Cooperativo hemos asumido un gran compromiso y estamos participando activamente a lo largo y ancho del país en esta iniciativa tan importante. Por eso, queremos hacer algunas reflexiones y compartirlas con ustedes.

El dato concreto para encabezar esta reflexión es que los días 13, 14 y 15 de diciembre de 2001 se va a llevar a cabo en toda la República Argentina la Consulta Popular, con un propósito muy claro: procurar que se instale un Seguro de Empleo y Formación de \$380 para los jefes y jefas de hogar desocupados; es decir, estamos hablando de algo más de 700 mil personas y sus respectivos grupos familiares. Hablamos también de un subsidio, de una asignación universal por hijo de \$60 hasta los 18 años de edad y una asignación no menor a una jubilación mínima para ese más de millón de personas cuya edad supera los 65 años y que no tiene ninguna cobertura previsional. Hasta aquí, el elemento concreto, la propuesta concreta que estamos sustentando a través de la Consulta Popular. Pero, en rigor, lo que se está pretendiendo con esta iniciativa democrático-participativa, por la que nos apropiamos de un instrumento constitucional como es la consulta popular, a través de un mecanismo de participación directa de la ciudadanía, es instalar en el centro del debate de

la sociedad argentina, el “tema de los temas”, que es la distribución de la riqueza. ¿Cómo se distribuye la riqueza en nuestro país? El titular del diario *Clarín* de hoy me exime de cualquier comentario: 2 mil pobres por día se incorporan a la masa de compatriotas que están siendo desalojados del mercado de trabajo y de consumo, como consecuencia de este modelo perverso que nos está sometiendo, que nos está exprimiendo como si fuéramos cada uno de nosotros tan sólo un limón. Entonces, queremos poner en el centro del debate justamente este tema que, evidentemente, es uno de los aspectos prioritarios a resolver. Es obvio que la resolución del reparto inequitativo de la riqueza en la República Argentina no se resuelve con un debate, ni con una elección; ni siquiera con un caudal de 2 ó 3 millones de votos que podamos obtener en las 20 mil o más urnas que instalemos en las fábricas, en instituciones de bien público, en parroquias, en escuelas, en universidades y en plazas y esquinas concurridas de cada una de nuestras ciudades y pueblos. Es necesario gestar una alternativa de poder popular, porque el problema de la distribución de la riqueza está indisolublemente ligado a la forma en que está estructurado el poder en nuestro país: quién lo tiene, quién no lo tiene, quién lo ejerce, quién está imposibilitado de ejercerlo por carecer de él y carecer de los instrumentos que permitan efectivamente utilizar el poder para hacer precisamente lo que es indispensable en nuestro caso, que es promover una distribución con equidad de la riqueza, para que haya acceso al trabajo, a la educación, a la salud, a la vivienda, al bienestar, en definitiva, a una vida digna. Ahora bien, construir poder es un desafío indudablemente muy grande, porque significa sumar una gran diversidad de partes diferentes, de orígenes distintos, de tradiciones políticas, culturales, religiosas... Esto de la unidad en la diversidad es una tarea ímproba a la que estamos abocados y que, evidentemente, va a requerir de bastante tiempo; porque si fuera fácil resolverla ya lo habríamos hecho hace mucho. Hace demasiado tiempo, tal vez, que venimos reclamando la necesidad de construir alternativas, de gestar un poder diferente, de modificar el rumbo de decadencia permanente al que viene siendo sometido nuestro país desde hace muchas décadas y, sin embargo, no hemos podido lograrlo. Esto está indicando las tremendas dificultades que supone juntar en un proyecto compartido a toda esta amplia diversidad de organizaciones sociales, de personas, de expresiones, que tenemos como denominador común el venir sufriendo sistemáticamente los recortes en la calidad de vida, los accesos a los que deberían ser derechos humanos universales para todos y para cada uno de los habitantes de este país tan generoso. En las charlas que damos sobre la Consulta Popular hacemos hincapié en esta brutal comparación que padecemos: por un lado, un país inmensamente rico y, por el otro, un pueblo tremen-

damente pobre, por lo menos en un altísimo porcentaje que viene creciendo en forma acelerada en los últimos tiempos. La Consulta Popular y el Frente Nacional contra la Pobreza, entonces, son, con toda certeza, una alternativa que vamos gestando este conjunto de organizaciones sociales en torno de un tema muy especial como es la consulta por el Seguro de Empleo y Formación acerca del que todos los que participamos -fuerzas políticas de diversos orígenes, organizaciones sociales, populares, del campo, de la ciudad, cooperativistas, pequeños y medianos empresarios de diversa procedencia religiosa, profesionales académicos de la cultura- para avanzar en un proceso en el cual vayamos conociéndonos mutuamente, vayamos comprobando que unos y otros somos respetuosos de los acuerdos cumplidos, para verificar que es posible trabajar mancomunadamente en torno a un objetivo común, concreto, para ir despojándonos de prejuicios, de tabúes, de resquemores, por los cuales hasta ahora no ha sido posible construir esta alternativa de poder popular.

Entonces, la intención en lo inmediato es lograr que los días 13, 14 y 15 de diciembre podamos reunir esa millonada de votos en todas las ciudades y pueblos en donde podamos constituir las juntas promotoras e instalar las urnas y, para eso, hay que ir al encuentro de la ciudadanía. Tengamos en cuenta que ésta no es una elección de carácter obligatorio; por lo tanto, debemos ir al encuentro de la ciudadanía en una acción combativa, militante, organizada, que garantice que esos votos se puedan reunir. Pero, aun reuniendo 2 ó 3 millones de votos, no tenemos la certeza, la garantía (es más, sabemos que no va a ser así) de que el gobierno, inmediatamente el lunes hábil posterior, 17 de Diciembre, vaya a poner en funcionamiento el Seguro de Empleo y Formación. No obstante, sí habremos tenido la certeza del grado de inserción de nuestra propuesta en la comunidad y, por lo menos, vamos a tener el parámetro de un piso concreto a partir del cual seguir construyendo. ¿Seguir construyendo qué? Esto también habrá que discutirlo, porque muchos nos preguntan qué va a pasar el día después de la Consulta, ¿se va a gestar un nuevo movimiento político y social?, ¿se va a crear una nueva identidad política? Nosotros podemos agregar otra pregunta ¿es posible que esto sea así; que, automáticamente, por el simple hecho de haber concordado en un tema concreto y haber coparticipado en una consulta, de inmediato se forme una nueva identidad política? Personalmente, creo que no es tan sencillo; más bien, creo que no es posible, por lo menos en un plazo tan breve, porque hay muchas identidades políticas, religiosas, culturales que están conviviendo bajo la denominación del Frente Nacional contra la Pobreza. Por lo tanto, va a ser necesario transitar un camino cuya extensión no podemos prever de antemano, en el cual segui-

remos discutiendo, en primer lugar, qué otros aspectos reivindicativos y programáticos vamos a incorporar al programa del Frente Nacional contra la Pobreza; por ejemplo ¿se seguirá llamando Frente Nacional contra la Pobreza? ¿La forma organizativa será la que tenemos en el presente o habrá que transformarla de algún modo? Nosotros creemos que esas respuestas, que necesariamente deberán darse, tienen que ser el fruto de la construcción colectiva, de un proceso que debemos custodiar para que sea transparente y democrático y de una construcción en la cual, nosotros los cooperadores, debemos ser activos protagonistas y no espectadores o meros observadores. Tenemos que impregnar esta construcción con nuestro sello, con la experiencia de nuestra organización social, con nuestros principios y valores, con los documentos que hemos emitido a lo largo de estos 43 años que cumplimos precisamente hoy. A toda esa tradición se suman hoy las flamantes cooperativas que estamos creando en espacios sociales, hasta ahora desconocidos para nosotros. Nuestro movimiento ha sido un movimiento tradicional de capas medias. Hoy, en el padrón del IMFC tenemos cooperativas integradas por desocupados, que a través de la ayuda mutua y el esfuerzo propio tratan de ocupar un espacio de dignidad en la sociedad: las cooperativas de los cartoneros o recicladores. Es decir que nuestro movimiento en su composición, en su configuración actual, va reflejando inevitablemente lo que han sido los cambios sociales, políticos, culturales, de toda índole, que tuvo la sociedad argentina en el transcurso de por lo menos 25 años. Pero en esos 25 años hemos mantenido una identidad; hemos mantenido una conducta; hemos sido coherentes con nuestra forma de pensar y con nuestra práctica concreta y todo eso debería estar formando parte también del aporte que hagamos a la construcción del presente y del futuro del Frente Nacional contra la Pobreza.

Quiero terminar haciendo hincapié, sobre todo, en este concepto de la construcción. La construcción es un proceso inexorablemente lento, trabajo-so, que requiere paciencia, ponerse en el lugar del otro, saber escuchar, pensar mucho, tener claro un objetivo estratégico, no perderse en los vericuetos de las pequeñas cosas, privilegiar lo fundamental por sobre lo accesorio, tratar en todos los casos de sumar en vez de dividir y de restar. Todo eso, y seguramente mucho más, está implícito en el concepto de construcción. Y nosotros, los cooperadores, hemos creado un espacio en la sociedad argentina que es producto precisamente de ese esfuerzo de construcción, no sin debates internos, no sin conflictos, no sin lucha, no sin la confrontación hacia distintos proyectos de poder, distintos proyectos políticos que coexisten al interior del Frente Nacional contra la Pobreza. No es una expresión específicamente pura ni ab-

solamente homogénea; es imposible que lo sea, porque la realidad no es así. La sociedad argentina no es un cristal acabado de un producto absolutamente homogéneo; acá tenemos una historia que no es demasiado larga como la de los países de Europa, pero que ha permitido acumular suficientes variables como para que otros intentemos hilvanar, con muchísima paciencia, todos esos retazos de una sociedad terriblemente fragmentada por la tortura, la represión, la desaparición, el sálvese quien pueda, la cultura individualista que intenta imponer y que viene imponiendo el pensamiento único neoliberal. Entonces, nosotros somos una parte integrante de este proceso de construcción que tiene la ventaja, o la virtud, de venir cargados de una cultura precisamente de construcción de la unidad a partir de lo diverso. Y, quizás, nuestro principal aporte en esta etapa y en la que se viene sea, en lo inmediato, desde luego, contribuir con decenas de miles de votos de nuestros hombres, de nuestras familias, de nuestros vecinos; ayudar a instalar las urnas allí adonde hagan falta; ayudar a difundir el mensaje del Frente Nacional contra la Pobreza y ayudar a que el día después, no solamente no se desnaturalice todo este esfuerzo, sino que pueda, precisamente, germinar o dar lugar como un fermento verdaderamente nutritivo a lo nuevo que tiene que ir surgiendo y que será producto de esa sumatoria global de opiniones, de experiencias, de aportes. Esta es la tarea que tenemos planteada como prioridad indiscutible de aquí hasta mediados del mes de diciembre. Nosotros ponemos el mayor y el mejor de nuestros esfuerzos y estamos seguros de que vamos a hacer un aporte sustantivo. Si nosotros logramos eso, vamos a tener, al cabo de esta experiencia formidable de protagonismo democrático, una militancia cooperativa tonificada, fortalecida con un proyecto y en condiciones de encarar una nueva etapa en muchas mejores condiciones. Este es el sentido de la tarea que nos proponemos; en esto estamos y, por supuesto, ustedes que son educadores populares cooperativistas tienen una tarea trascendental, que es precisamente la de procurar que decenas y centenares de compañeros y cooperadores se sumen con el mayor de los entusiasmos y las energías a esta iniciativa que va a culminar exitosamente el sábado 15 de diciembre próximo con una millonada de votos de las urnas del Frente Nacional contra la Pobreza.